

# Noticias

---

## Fuentes Quintana, Hombre de Honor\*

**Autor:** Leopoldo Gonzalo y González  
Catedrático de Hacienda Pública y Sistema  
Fiscal  
Universidad Pontificia Comillas

En la madrugada del día 6 de junio ha fallecido en Madrid el profesor Enrique Fuentes Quintana, tras una enfermedad que había venido minando su proverbial vitalidad, su clara inteligencia y su rotundo castellano. Su memoria va a quedar siempre unida a episodios trascendentales de nuestra reciente historia económica, tales como su participación en el plan de estabilización y de apertura de la economía española al exterior, en el quicio de los decisivos años 50 y 60 del pasado siglo; su inspiración e impulso personal a los Pactos de la Moncloa en delicados momentos de la Transición, y tantos otros. En el ámbito académico se han recordado estos días también sus

numerosos premios y distinciones, la última de éstas el pasado mes de enero al recibir el doctorado *honoris causa* por la Universidad Nacional de Educación a Distancia –de cuya Facultad de Ciencias Económicas fue primer decano y en la que alcanzó la jubilación y el rango de catedrático emérito-, en compañía del profesor Varela Parache y de su gran amigo, el profesor Velarde, quien ha gloriado en estas mismas páginas de ABC la figura del maestro desaparecido. No cabe ignorar tampoco la importancia de su obra científica, así como su aliento a la tarea investigadora de sus discípulos. Mucho debe el plétórico estado actual de la ciencia económica en España, especialmente en el terreno de la Hacienda y la Economía pública, al impulso *vigoroso* (este adjetivo era característico en su vocabulario siempre incitante) de Fuentes Quintana, ejercido desde la dirección del Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio, primero, y desde el Instituto de Estudios Fiscales y la Fundación para la Investigación Económica y Social de la CECA,

---

\* Publicado en el Diario ABC, de Madrid, el día 18 de junio de 2007.

después. Tampoco debe olvidarse la revitalización de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas operada durante su presidencia y materializada en tantas actividades y publicaciones de esta Corporación. Fuentes fue, desde luego, un editor vocacional de lo propio y lo ajeno, exigente y oportuno en cuanto a los contenidos y de un gusto exquisito en lo formal, que siempre cuidaba personalmente. Pero todo esto es de sobra conocido.

Tengo para mí, sin embargo, que la personalidad profunda y humana de Enrique Fuentes permanecerá ignorada para muchos de los que le trataron en su faceta puramente profesional, incluso para aquellos que lo hicieron con mayor asiduidad. He de reconocer que mi relación ordinaria con él, primero como alumno y después como profesor ayudante y adjunto en la Universidad Complutense y en la UNED, así como en las tareas del Instituto de Estudios Fiscales, me habría ocultado igualmente su auténtica contextura íntima. Ciertamente, su recio carácter palentino, su natural exigente, su propio gesto –severo de ordinario- y su voz tronante, evocaban a veces el “Sturm und Drang” teutónico en el sentido literal de estos términos: *ímpetu* y *tempestad*. Recuerdo que siendo estudiante, en la Facultad, un compañero de curso tarareaba siempre por lo bajo el celeberrimo tema de La Valkiria wagneriana, cuando sobre la tarima del aula aparecía puntual la imponente figura de don Enrique, las manos entrelazadas y ligeramente inclinado hacia adelante. Pero, andando el tiempo, pude comprobar que tras aque-

lla recia fachada se ocultaba, en realidad, un espíritu mucho más sensible y próximo de lo esperado. Así ocurrió en alguna conversación personal, pero, sobre todo, con motivo de una oposición mía a una cátedra en la que me embarcaron, y que resultó fallida (cosas del oficio). Conocedor don Enrique del desenlace y de que, por lo visto, había hecho yo un buen papel como finalista frente a mi contrincante, me llamó con el propósito de entrevistarnos, felicitar-me, reconfortarme y animarme. Sus consejos para el futuro fueron, por la calidez intimista de su expresión y por su intrínseca sabiduría, los de un auténtico maestro, que es lo que no dejó de ser nunca: “trabajar esforzadamente, con rigor, sistemática y disciplina, sin arriesgar la salud, a la que no suele afectar una actividad ordenada, por intensa que ésta sea”; y, sobre todo, recuerdo una sugerencia enormemente dura y sorprendente: “la clase con los alumnos no convenía fuese demasiado divertida para el profesor si ello ponía en riesgo cubrir la totalidad del contenido programado para la misma, de acuerdo con los criterios científicos y metodológicos convenientes”. He procurado seguir este último consejo, aunque reconozco haberme relajado un tanto en los últimos tiempos. Un año después de aquella larga entrevista, ganaba yo la cátedra a la que procuro servir por decisión de un tribunal que actuó bajo su presidencia.

Recordaré siempre a Fuentes Quintana como un sabio, excelente y exigente profesor, vacunado contra el reduccionismo imperante en nuestra materia, quizá por su doble doctorado en Econo-

mía y en Derecho, y por su apasionada afición a la Historia. Si como decía Huizinga, el gran historiador holandés, “honor significa lealtad al ideal que se ha propuesto uno a sí mismo”, no cabe duda de que don Enrique fue cabalmente un universitario y un español de honor.

